



CARTAS DE UN SOLDADO

Victoria Meseguer

CARTAS DE UN SOLDADO



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Victoria Meseguer

ISBN: 979-13-87612-90-0

ISBN digital: 979-13-87612-91-7

Depósito legal: M-7702-2025

Editorial Adarve

c/Luis Vives, 9

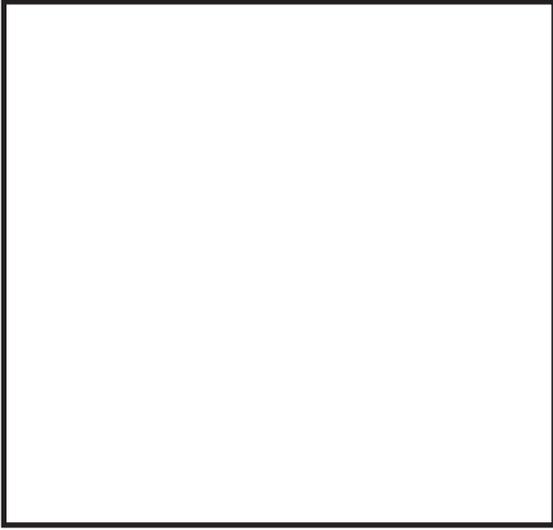
28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ETIQUETA ESTE LIBRO



PRÓLOGO

Buenas, me llamo Victoria Meseguer Villanueva y, en este momento, tengo 18 años y 14 días (a 14 de enero de 2023). Ya llevo medio libro escrito, aún no está acabado, pero hoy, leyendo *El mundo azul, ama tu caos*, de Albert Espinosa, he recordado que a pesar de que lo bonito es que cada uno interprete el libro según necesite, me gustaría también dejar mi explicación de por qué lo hice y, a partir de ahí, que vosotros decidáis cómo queréis verlo.

Lo empecé a escribir en septiembre de 2022, con 17 años, tras uno de los momentos más duros de mi vida. No sé si esto se debe de decir en un libro, pero voy aprendiendo sobre la marcha.

Considero que los libros tienen algo mágico que te conecta con la realidad y con uno mismo, al contrario que las series o películas, cuya función es hacerte descansar de ti mismo, en ellas la reflexión viene después de verlas, en los libros durante. Por eso empecé este libro, necesitaba canalizar muchas cosas y, conforme lo vayáis leyendo, espero que os sintáis comprendidos por mí y por un adolescente de hace casi un siglo. Y que comprendáis que no

estáis solos, que lo que os pasa a vosotros me pasa a mí, y que lo que me pasa a mí le pasaba también a aquel chico de 1942. Supongo que se tratará de gajes de la juventud.

Personalmente, siempre etiqueto con un pósito en la parte de atrás de la portada de un libro, lo que me evoca su lectura o para lo que creo que sirve. El último que etiqueté es el mencionado anteriormente, lo etiqueté como «Renacer, quita miedos». Considero que así, sabiendo la situación de una persona, o según la situación de mi vida que esté pasando, puedo saber qué recomendarle o releer. A veces, solo necesitamos que nos escuchen, y no tiene porqué ser necesariamente una persona. Lo mismo pasa con las películas, dime cómo estás y te diré que libro o película necesitas. Por eso este libro tiene un cuadrito antes del prólogo, para que cada lector lo etiquete como considere, como este le haya escuchado y respondido a través de mis palabras. Lo mágico de esto es que un mismo libro rara vez tendrá la misma etiqueta, depende de la persona que lo lea, de lo que esté pasando en su vida y de cómo lo quiera interpretar.

Siempre he dicho que, cuando me muera, la mejor manera de conocerme será leyendo los libros de mis estanterías, leyendo las frases que subrayaba, encontrándome a mí mientras me encontraba en las palabras de otro. Intertextualidad de una historia dentro de otra, la vida real y la vida ficticia, el yo dentro de la historia, ver qué estaba sintiendo mientras leía. Porque muchas veces a quienes más queremos es a quienes menos conocemos, porque en las cosas realmente importantes de la vida estamos solos, y

solo nos comprendemos nosotros. Ojo, que comprender y entender no es lo mismo, solo nos comprendemos nosotros mismos, pero te puedes entender a ti en palabras de otros. Por eso, lector, siéntete libre de subrayar todo, aunque sea una sola palabra simplemente porque te recuerda a algún momento de tu infancia, aunque no tenga nada que ver con lo que estés leyendo o sintiendo, solo porque se te ha venido a la mente. Es mi historia, pero la estás viviendo tú, vívela como quieras. Déjame comprenderte, quiero creer que notaré lo que subrayes. Deja tu huella, para que alguna vez los que quieres te comprendan.

Otro punto de esta historia, el cual no estaba muy segura de mencionar porque no quería condicionaros, es que es una historia basada en hechos reales. No os confundáis, diálogos y demás son invenciones mías, pero la trama, cómo se desarrolla, lo que sucede, las decisiones de los personajes y, sobre todo, las cartas, son reales. Pero, como toda realidad, alberga un poco de ficción. Hay momentos en los que simplemente he mantenido el nombre de la persona que existió realmente, pero he cambiado su historia. Manteniendo la portada de su libro, pero no sus páginas.

Mi abuela me contó esta historia y me enseñó las cartas reales cuando tenía 13 o 14 años aproximadamente. Me fascinó, me pareció una historia de película, y espero que en algún momento pueda ser así.

No he variado ni una sola palabra de aquellas cartas originales que escribió aquel joven de 19 años, ni una sola

coma, ni una falta de ortografía que pueda haber... Las cartas son tal cual se escribieron, si no, perderían su magia y nos desviarían de lo que es real, que es que estos personajes existieron realmente y tomaron las decisiones que tomaron. A día de hoy me siento orgullosa de poder saber que una historia tan fascinante y de cine como esta, perteneció a mi familia, y que ese personaje principal, del cual yo imagino su mente, se trate realmente de mi tío abuelo, el hermano de mi abuela. A día de hoy, esta sigue conservando sus cartas originales, las mismas que alegraban y aterraban a su familia cada vez que llegaban cuando ella apenas tenía 8 años. Por lo que siempre le estaré agradecida de haber compartido esta parte de ella conmigo, para yo poder así compartirla con vosotros cuando he sentido que necesitaba hacerlo.

Como he mencionado antes, no tenía pensado comentar que se trataba de una historia basada en hechos reales hasta el epílogo y hacer así como una revelación más épica después de ya haber leído todo el libro, pero considero que es una parte que se merece que la gente aprecie de verdad, que el arte y la vida van a veces tan juntos hasta fusionarse y es difícil de distinguirlos. Algo así me ha ido pasando mientras escribía, que muchas veces no sabía distinguir si lo que estaba escribiendo eran pensamientos o reflexiones mías, pensamientos creativos que creía que hubieran pensado los personajes, o simplemente mi intento de seguir el curso lógico de la narración, porque yo tengo muchas ideas, pero no siempre sé estructurarlas. Por ello, mientras escribía llevaba un notas en el teléfono

en el que escribía frases o reflexiones mías sobre la vida que quería contar, o cosas de las que necesitaba quejarme o desahogarme, y siempre que encontraba (o hacía) la oportunidad en la historia, las ponía. Son las típicas frases que yo hubiera subrayado en un libro, espero que encuentres las tuyas, lo mismo coincidimos.

Releyendo todo el prólogo considero que ya puedo dar esta parte por contada y seguir centrándome en la historia, aunque seguramente cuando vaya a volver a leer añadida, cambie, o quite algo. Yo siempre veré el borrador, vosotros el resultado, solo yo sabré cuánto me ha costado poner frases que alomejor para vosotros pasan desapercibidas (estos últimos tres párrafos escritos a las 1:11 a.m. del 16 de enero de 2023, sentada en mi cama).

Antes de comenzar, solo quiero dejar aquí una frase que a lo mejor se os asemeja sin sentido, pero que creo que lo resume todo. Ya la entenderéis.

*El dolor y la magia pasean de la mano,
pero así es la vida,
luchar contra uno mismo es agotador,
déjalo ir, tu magia vendrá a rescatarte.*

Vicky,
A 16 de enero de 2023,
en Torrevieja (Alicante).

CAPÍTULO I

PEPE

Ya estaba en el tren, eran las 6:17 de la mañana. Cuando salí del cuartel de San Javier casi todos se encontraban aún descansando. Yo siempre he creído que hay algo mágico en los trayectos de tren. Me parece que se respira un ambiente diferente, de cambios; cada una de las personas que se encuentran ahí está a punto de realizar algo que le modificará la vida de cierta manera, ya sean unas vacaciones, mudarse o visitar a alguien. No todos sus caminos y trayectos tendrán por ende un buen final, pero sin duda serán decisivos en sus vidas.

Era una mañana tranquila y fresca de noviembre, el relente húmedo que se encontraba en los cristales de las casas producía un olor que, a mi parecer, era relajante y generaba un ambiente nostálgico. El tren tenía salida a las seis en punto de la mañana, pero, debido a una avería que me comentó el supervisor, se había retrasado. No engañaré si digo que la avería del tren no me había producido

exactamente tranquilidad, dado que era mi primera vez montando en uno.

De camino a Logroño pensé en mi familia, más concretamente en padre. Aún recuerdo la tristeza encubierta de frialdad de su mirada cuando nos dijo a mi hermano Miguel y a mí que nos daba por muertos, tras informarle de que nos habíamos inscrito al ejército a los 18 y 19 años. Él era un hombre honrado de campo, toda la vida trabajó sin descanso, sin quejarse y sin molestar a nadie para proporcionarnos lo necesario, para que tuviéramos mejores oportunidades de estudio. Cosa que mi hermano Miguel y yo siempre aprovechamos cuando no estábamos ayudándolo en el campo o en su carpintería. Devorábamos libros como nadie, y obteníamos muy buenos resultados gracias a ello; nuestros tutores siempre decían que tendríamos un gran futuro académico, supongo que esa fue la razón de su enfado cuando entramos, antes de finalizar nuestros estudios, a la militancia voluntaria de San Javier para, tan solo dos meses más tarde, ir al ejército.

Madre y mis hermanas también surcaron mi mente, pero desde el sentimiento de la preocupación, temía haberlas defraudado con mi decisión y preocuparles por mí más de lo necesario. Madre era una mujer muy amable y respetuosa, jamás le vi ser descortés con nadie, la educación era un valor en el que, tanto ella como padre, hicieron hincapié en todos nosotros durante nuestra infancia. Pensar en ella me traía a la mente el olor de las migas, que a pesar de ser un plato típico de Aragón, ella, con su dulzura, conseguía hacerlas de notar en Murcia. Mis her-

manas eran más pequeñas; Concepción, (Conchita), tenía seis años y María dieciséis cuando partimos.

Me replanteé si mis decisiones y la manera de hacerlas habían sido correctas. Sabía que padre y madre no estarían de acuerdo con mi decisión, por lo que no me atreví a mencionarles nada hasta que, antes de hacer el equipaje para dejar el ejército de aviación de San Javier, mi hermano Miguel me hizo entrar en razón, y les escribí una carta comentándoles el nuevo sendero que había decidido tomar. Debía ser un hombre de honor y palabra, y ser consecuente con mis decisiones y creencias. Mi familia tenía derecho a saber dónde se encontraba su hijo y hermano, y poder así dedicarme sus oraciones que, en tiempos como esos, eran necesarias. Eché la correspondencia en la estación, supuse que tardarían cuatro o cinco días en llegarles las noticias. Esperaba que no me juzgaran con malos ojos, si algo había aprendido es que la vida era confusa, y que lo que puede que en un momento quieras, se complique y acabe absorbiéndote.

El viaje era largo, unas siete horas y media, miré el reloj de lo alto del vagón y me encontraba tan absorto en mis pensamientos, que no me di cuenta de que había pasado ya dos horas navegando por mi mente. A mi izquierda podía ver un paisaje rural pasar rápidamente, me fascinaba la idea de que mientras en un tren había gente de camino a cambiar su destino, otros estaban esperando aún a que cantara el gallo para irse a la cosecha como cada día. Mi mayor temor siempre fue la monotonía, simplemente encuentro algo escalofriante en su semánti-

ca. A mi derecha se encontraba sentada una señora mayor que, por el parpadear de sus ojos, hacía ver que en breves se iba a quedar dormida. Los rasgos de la señora se asemejaban a las de mi tía Patrocinio, —vivíamos puerta con puerta en Alquerías durante mi infancia—. Decidí seguir el ejemplo de la señora e intentar dormir un poco con el fin de hacer el viaje más ameno.

Cuando abrí los ojos nuevamente habían pasado tres horas y solo quedaban dos horas más para llegar a Logroño, supuse que el haber madrugado tanto le estaba exigiendo a mi cuerpo de vuelta sus horas de descanso. La señora de mi derecha aún se encontraba dormida, me preocupé durante unos instantes, hasta que movió su mano para rascarse. Con las personas mayores hay que estar siempre alerta, en el ejército eran uno de los sectores de la población que más nos insistían en su protección. He de comentar que también captó mi atención el hecho de que viajara sin acompañante, pero no quise darle importancia, tenía mis propias cosas en mente.

Decidí estirar el cuerpo y dar una vuelta por el tren para inspeccionar cómo era por dentro, mi curiosidad no me dejaba quedarme en el asiento siendo la primera vez que realizaba un viaje en este tipo de transporte. Había avanzado tres vagones cuando me topé con un hombre con el uniforme del ejército, nos localizamos entre nosotros al instante por nuestra indumentaria militar y comenzamos a entablar conversación.

Su uniforme resultaba ya viejo y sucio y, a pesar de tener mi edad, el soldado poseía unos ojos cansados y

angustiados, pero no de un cansancio físico, sino mental, de llevar bastante tiempo cargando con un peso. Conforme avanzaba la conversación descubrí que él era un soldado de Cádiz, pero que se había alistado como yo, ya que los soldados voluntarios eran muy bien recompensados económicamente. Él viajaba con su madre, que se iba a quedar en casa de unos familiares en Logroño, y que resultó ser la mujer que se encontraba durmiendo a mi lado durante todo el trayecto. Me contó que pretendían sentarse juntos durante el viaje, pero que su madre (que tenía demencia) entró antes que él y, al verme en uniforme, se creyó que era su hijo y se sentó a mi lado. Cuando él pasó, la vio dormida y no quiso despertarla, así que encontró un asiento dos vagones más adelante y cada cierto tiempo se iba asomando a comprobar si se encontraba bien. Tan absorto me encontraba en mi mundo que no me percaté siquiera de la presencia de otro hombre en uniforme de soldado durante todo el trayecto hasta entonces. Eso daba mucho que pensar, muchas veces estamos tan metidos en nuestro propio mundo que olvidamos prestar atención a lo que realmente está sucediendo en el momento.

Continuamos confesándonos nuestras vidas en lo que avanzaba el viaje, tal vez porque no había nada más que hacer o tal vez porque los dos nos dirigíamos al mismo sitio, y mentiría si dijera que el hablar con él no me hizo sentir más seguro y acompañado, encontré consuelo en su historia. El resto del trayecto se pasó rápidamente y, en un abrir y cerrar de ojos, ya nos encontrábamos bajando del tren.

El soldado del tren, Manuel Prada, y yo acompañamos a su madre a acomodarse en casa de sus familiares, que se encontraba en el pleno casco antiguo del centro de la ciudad. Logroño olía a vainilla. Cada lugar emite un olor único, así como el olor a navidad, pero que caracteriza los lugares y siempre que lo huelas estés donde estés te transporta a ese sitio. Añoraba el olor a naranja de mi casa. Tras Manuel despedirse de su madre, conteniendo las lágrimas que claramente pedían a gritos salir de sus ojos, nos dirigimos a un merendero donde desempaquetamos los almuerzos que llevábamos en las mochilas. Yo llevaba un bocadillo de tortilla que me hice en la madrugada en el cuartel antes de partir, y él llevaba uno de morcilla más un trozo de bizcocho que le había dado una de sus primas. Insistió en compartirlo a pesar de mi pudor.

El nuevo cuartel estaba a las afueras de la ciudad, aún tuvimos que andar 30 minutos más desde el merendero. Era grande, gris y hecho a base de cemento, uno no se suele esperar los cuarteles decorados, pero este tenía apariencia de prisión. Nada más llegar, tuvimos que entregar nuestra documentación y anotar nuestros nombres en la caseta de guardia de la entrada, también nos informaron de dónde podíamos echar la correspondencia a casa. Todo el pabellón estaba rodeado de vallas y, nada más cruzarlas, observamos a un grupo de soldados entrenando en el patio y, al otro lado, otro grupo más pequeño, sentados en un banco leyendo. Lo curioso de estos sitios es que cada tipo de persona es diferente, cada uno es de su padre y de su madre y con sus propias manías y com-

plejos, pero aquí estaban, forzados a poner todo eso a un lado y a trabajar y convivir juntos por un objetivo común. Lo encuentro fascinante, a los jóvenes nos da aires de grandeza el participar en algo por la creencia de un bien mayor. Todos nos pasamos la vida intentando sentirnos importantes.

En mi pueblo los soldados estaban muy bien vistos y tratados con respeto, a pesar de la mayoría de la gente no saber ni en qué lucharon. No les juzgo con malos ojos, son familias honestas del campo que, siendo analfabetas y sin estudios, se vieron dentro de una guerra que bombardeaba sus casas y les quitaba comida, al fin y al cabo, los soldados eran los que los defendían a pesar de que ellos no supieran ni de qué. Todavía recuerdo cuando era pequeño (las tardes de verano de los viernes) cuando llegaban grupos de soldados a la plaza y daban una charla de las glorias y virtudes de la guerra a los muchachos del pueblo, para más tarde pasarles una lista para que se alistaran. En un principio, muchos fueron voluntariamente a la guerra con toda su ilusión y sin saber lo que les esperaba realmente; muchos no volvieron. Al ver que los jóvenes que volvían estaban impedidos o directamente no volvían, comenzaron a no presentarse a las listas. Un viernes de tantos, vino un furgón a llevárselos a todos obligados, lo tengo como un recuerdo borroso, de ellos solo volvieron doce, cinco en perfecto estado; entre esos cinco, mi primo Domingo.

Manuel y yo entramos al dormitorio, nos tocaron las literas del fondo de la habitación, las únicas que queda-

ban libres en un dormitorio con más de 60 hombres. Era el dormitorio B, había hasta el F. Le pregunté a Manuel si a él le importaba que yo durmiera en la de arriba, ya que me solía dar sin querer en la cabeza en el otro cuartel cuando dormía abajo, en parte esa era una de las razones, pero la verdad es que me hacía ilusión dormir en lo alto y me daba vergüenza admitirlo. Entablamos conversación un poco obligatoria —si no bronca— con el soldado de la litera de al lado, ya que se confundió de litera y aseguraba que mi cama era la suya. Fue un poco agresivo, se notaba a la legua que iba bebido, pero nadie del cuartel pareció darle importancia, es más, lo miraban y en sus rostros se veían expresiones de tristeza y compasión. Dentro de su furia equivocada, su compañero de litera —un joven rubio de 20 años que, por el acento, se intuía que era andaluz—, Alejo, consiguió calmarlo y hacerlo entrar en razón. Todo el dormitorio estuvo en silencio y con su vista clavada en nosotros durante lo sucedido, no fue el comienzo ideal para ninguno.

A las 21h todo el cuartel se trasladó al comedor para la cena, Alejo se ofreció a acompañarnos y se disculpó en nombre de su compañero, no dio explicaciones de su conducta ni el porqué, y yo tampoco quise pedir las; me intrigaba, pero no lo veía por la labor de contarle y, por cómo se disculpó en su nombre, no me parecía oportuno preguntar. Nos enseñó sobre qué zona —o más bien alrededor de quien— no deberíamos sentarnos «por nuestro propio bien y honra», según sus palabras exactas. Para ser sincero, no suelo fiarme de este tipo de recomendaciones

y prefiero experimentar para creer sin estar condicionado por el consejo de nadie, sacar mi propia conclusión, pero, a pesar de conocer a Alejo de poco rato, parecía un buen hombre y contaba con la experiencia de llevar dos años ya allí y conocer a la gente. Nos sentamos en una mesa cerca de la entrada que parecía estar lejos de un grupo bastante ruidoso de soldados. La cena estaba bastante mejor que en mi anterior cuartel, tal vez porque allí éramos menos. Comí un cuenco entero de puré de patatas con un trozo de merluza, pero el yogur llevaba tropezones —cosa que a mí no me gusta— por lo que se lo di a Manuel.

Durante la cena, Alejo nos contaba anécdotas de ciertos soldados y cabos de allí. Resulta que en una de las guardias nocturnas, hacía un año, un tal Mateo y él estaban aburridos y, como era el tercer día seguido que estaban vigilando, y nunca pasaba nadie, decidieron coger unas cervezas que tenía escondidas Mateo. Dos horas después —cuando ellos iban ya un poco bebidos— el cabo hizo un simulacro y tuvieron que dejar sus puestos y hacer todas las tareas, a las cuatro de la madrugada, disimulando que estaban ebrios. Alejo dijo que sintió pavor, sobre todo, porque Mateo iba más bebido que él y temía que pudieran pillarlos, pero que nunca se rio más que al día siguiente, recordando las estupideces técnicas que hicieron y sin entender cómo no pudieron pillarlos. La forma en la que Alejo contaba sus historias tenía algo especial que te enganchaba y hacía que se te contagiara su entusiasmo y felicidad, él era de esas personas risueñas que son aspersores de emociones, es decir, que contagian

y salpican sus emociones fácilmente —como los aspersores de riego—, esa cualidad es tanto buena como mala, depende del caso. Yo ya me había cruzado con un par de personas así.

Al caer la noche, una vez ya todo el cuartel estaba dormido, yo me encontraba mirando al techo sin poder conciliar el sueño. Miles de dudas rondaban por mi mente y, para ser sinceros, uno nunca suele dormir bien la primera vez que duerme en un sitio nuevo, se necesitan dos noches, mínimo, para poder confiarle durante ocho horas sin interrupción a tu nueva almohada tus pesadillas o sueños. Por lo que, mientras el resto dormía placenteramente —o eso me dieron a entender los estridentes ronquidos de más de 60 hombres—, decidí escabullirme a curiosear la biblioteca. Cuando se ve a tanta gente junta uno se siente tan pequeño... Abrí la puerta del dormitorio con el mayor sigilo que pude, pero, a pesar de ello, sonó otro de los maravillosos chirridos que caracterizan a las puertas sin engrasar de los cuarteles, por lo que la dejé entreabierta y me deslicé como pude para salir de ahí sin hacer más ruido.

Bajé a la pequeña biblioteca que se encontraba en la cocina, ya que a la grande no podía ir porque significaba cruzar el patio y me podían ver los de guardia, y, honestamente, una noche en el calabozo no era lo que más ansiaba en ese momento. Entré en penumbra a la biblioteca de cuatro metros cuadrados, mayoritariamente llena de libros de cocina y recetas que solían usar los soldados que no sabían mucho de cocina cuando les tocaba hacer

de comer, pero, a juzgar por el polvo que había sobre casi todos estos libros, los soldados debían de saber de cocina bastante. Si esos eran los libros supuestamente necesarios, me pregunté cuánto polvo habría en los de la biblioteca, que estaban por el mero placer de leer. Ojeé una cuantas recetas y entretuve mi mente un rato intentando encontrar similitudes entre estas y las comidas de mi madre. Cuando mis párpados empezaron a pesar, dejé todo como cuando había entrado e hice mi camino a través del frío relente, que traspasaba las paredes del cuartel hacia el dormitorio. Si mi hermano Miguel estuviera aquí me hubiera llamado «inconsciente» porirme «buscando problemas», dando un paseo en medio de la noche.

Cerré la puerta del dormitorio de manera tan sigilosa, que esa vez el chirrido de la puerta pareció el viento de fuera acariciando a los árboles. Me tumbé en mi cama y, nada más empezar a cerrar los ojos, escuché un ruido y vi como el muchacho de la litera de enfrente —el hombre que, estando ebrio, me acusó de estar en su litera, el amigo de Alejo— se levantaba pretendiendo que nadie se percatara de su movimiento y, mientras se limpiaba unas lágrimas de miedo de sus ojos, recogió sus sábanas y sus pertenencias y salió del cuartel. Minutos después se podía oír las voces de dos sargentos hablando con él en la entrada, para más tarde verse el pequeño destello de las luces de un furgón militar a través de las ventanas marcharse, dejando un silencio pesado tras el ruido de las ruedas en el pavimento. No tuve tiempo de percatarme ni de pensar realmente qué estaba haciendo él, o qué

estaba sucediendo, simplemente era un mero espectador viendo la escena, en esos minutos de antes de dormir que te encuentras despierto, pero no consciente.

CAPÍTULO II

No sé muy bien en qué momento me quedé dormido la otra noche, pero a las 7a.m ya nos levantaron con silbidos de bala desde el patio. La voz del sargento retumbó segundos después, cual tambor de grave por todo el dormitorio. Como era costumbre, nos levantamos todos apresurados y nos pusimos en formación enfrente de nuestras literas correspondientes y, tras una minuciosa mirada del sargento, disponíamos de 15 minutos para ordenar nuestras pertenencias, asearnos, e ir a desayunar.

Tras todo ese ritual, comenzamos con prácticas de formación y tiro después del entrenamiento normal. Aún recuerdo mi primera semana de militancia, cuando todo esto se me asemejaba cuesta arriba y tenía agujetas hasta al respirar, puedo decir que tanto esfuerzo —aunque este no fuera mi objetivo inicial— tuvo gran repercusión en mi cambio físico. Las primeras vacaciones que regresé a casa tras enlistar, tenía a todas las señoras del pueblo intentando emparejarme con sus hijas, y he de decir que tanta atención y halagos sí que me motivó a la hora de entrenar y esforzarme más, podrá ser un motivo vanidoso,

pero mentiría si dijera que no fue cierto, al fin y al cabo la gente también le tiene más respeto a un hombre fuerte. No recibo el mismo trato ahora que cuando no estaba en forma.

Pasaron dos días que se desarrollaron con una normalidad monótona, pero, a la hora de recoger la cena la segunda noche, desde la fila del comedor podía distinguir a lo que parecían ser dos jóvenes de cabello largo repartiendo comida desde dentro de la barra, junto con el resto de soldados en uniforme. A nadie parecía extrañarle ver a dos mujeres sirviendo. Por la expresión de mi cara debió ser evidente que para mí eso era algo nuevo, por lo que Alejo me explicó que se trataba de dos enfermeras del cuartel, y que los sábados que no tenían a nadie que las bajara al centro para pasear, se entretenían haciéndoles una comida de más a los soldados, para que por lo menos un día a la semana comieran algo de su preferencia. Hablaba de ellas con gran cariño, como si las conociera de toda la vida. Me señaló un pequeño buzón que había en una esquina del comedor, y me comentó que los soldados metían ahí papeles con el nombre de la comida que les gustaría comer, y cuando ellas decidían cocinar cogían un papel de ahí y lo preparaban. Me pareció un gesto muy amable de su parte, completamente altruista.

Por lo que me dijeron, una de las jóvenes era la sobrina del coronel y llevaban haciendo eso un año. Al principio se ve que recibió muchos comentarios obscenos y faltas de respeto por parte de los soldados, ya que consideraban que una mujer en un cuartel entorpecía. Pero el coronel

un día decidió mandar al calabozo a un hombre que le habló de forma despectiva a su sobrina, y lo mantuvo ahí durante un mes, desde ese entonces todos decidieron darle una oportunidad y poco a poco se fue ganando el corazón —y el estómago— de todos. Ahora la consideran una más, e incluso varios soldados se pelearon con unos jóvenes en las fiestas de Logroño defendiéndola, ya que se había ganado la fama de buscona por juntarse con tantos hombres.

Cuando llegó mi turno, mientras me servía una de ellas, me habló.

—¿Va a querer de lo que hemos preparado aparte hoy? —me preguntó una de las voces más amables que había escuchado en mi vida, mientras mantenía una sonrisa de oreja a oreja.

Me quedé completamente anonadado con su dulzura, no era de las mujeres más bellas que había visto, pero sin duda tenía un brillo especial y puro en sus ojos, que mostraba seguridad en sí misma. Se podía apreciar con toda claridad que era un ser de luz.

—Eres nuevo, ¿verdad? Creo que es la primera vez que te veo —volvió a preguntar, esta vez tuteándome, lo que me hizo creer que se trataba de una amiga de toda la vida.

Rompió el hielo en una sola frase. Todos estos detalles me hicieron disuadirme tanto que, cuando iba a responder, me di cuenta de que al estar escuchando antes la explicación de quiénes eran ellas ni si quiera había preguntado cuál era la comida que se ofrecía hoy.

—Sí, hoy es mi segundo día, pero es la primera vez que nos vemos. Perdona, ¿me podría decir cuál es la comida de hoy? No era consciente yo del sistema este de un plato más —le respondí con la misma dulzura y amabilidad con la que me trataba ella.

—Tutéame, por favor, aquí todos podemos tratarnos con respeto sin la necesidad de formalidades. —Estaba completamente de acuerdo, y este trato me hacía sentirme cercano a ella—. Hoy hay gazpacho manchego, petición de Juan Marcos, no sé si lo has probado pero aquí te pongo un poco y aprovechas, que para lo que ejercitáis, toda comida extra es buena —prosiguió mientras se reía ligeramente con una gran energía que parecía ser característica suya. Puso la comida en mi plato y me lanzó una sonrisa y una mirada cálida con sus grandes ojos marrones, mientras me alejaba y ella seguía sirviendo.

Durante la cena me sentía tranquilo, hacía tiempo que no sentía una sensación de tanta paz y no entiendo muy bien por qué, por experiencia sé que no suele durar esta sensación mucho, por lo que cada vez que sucede hay que aprovecharla como si nunca fueras a volver a relajarte. La comida se sentía en mi boca de una manera extraña, cada bocado me relajaba y bajaba mi guardia un poco más, de tal manera que, a pesar de estar disfrutando el ambiente de sábado del comedor, nada más acabar la cena me dirigí al dormitorio dispuesto a recuperar mis horas de sueño perdidas de la noche anterior, a relajarme, a despejar la mente como si de verdad nunca fuera a volver a tener la oportunidad. Instantes antes de caer dormido, durante

un corto lapso de tiempo, realmente me olvidé de todo lo que me rodeaba.

Noté un ligero frescor que me estaba acosando desde hacía rato y, a pesar de que lo ignoraba para poder proseguir con mi sueño, este parecía no disiparse y hacerse más fuerte. Remoloneé unos minutos, hasta que el frío se hizo tan insoportable que me levanté de golpe para, ante la incredulidad de mis ojos, encontrarnos a Manuel y a mí tumbados sobre nuestros colchones en mitad del patio central. Me levanté de un sobresalto entre la oscuridad y frescor característicos de una noche de noviembre, miré a todos los lados para asegurarme de que no hubiera nadie y no acabar en el calabozo. Seguidamente desperté a Manuel, que se encontraba haciendo los mismos gestos de frío que estaba haciendo yo hacía menos de un minuto. Él tuvo exactamente la misma reacción que yo y, sin decirnos ni una palabra y sin pararnos a preguntarnos qué hacíamos allí, nos miramos y, seguidamente —como si de un espasmo se tratara— agarramos nuestros colchones de una punta y arrastrando la otra por la tierra, absorbiendo la de suciedad del patio, echamos a correr hacia nuestro dormitorio.

Ante nuestra sorpresa, el dormitorio se encontraba cerrado, por lo que no había que tener muchas luces para deducir quienes nos habían sacado allí. Dejamos los colchones llenos de tierra apoyados en la puerta y, mientras Manuel susurraba gritos de cabreo por esta «novatada pesada», según él, vi la sombra de un hombre cargar múltiples armas hacia el parque de artillería¹ a través

de una de las ventanas del pasillo, por lo que no tenía sentido que nadie tuviera que llevar ningún arma allí, ya que se encontraban guardadas en ese sitio. El hombre parecía ir con prisa y actuaba de manera sospechosa, por lo que dejamos nuestros colchones allí y conseguí convencer a Manuel de que, si nos iban a meter al calabozo por esta novatada, a lo mejor nos rebajaban el castigo si conseguíamos atrapar al delincuente que se había colado. Pero, bajo la lógica de mi compañero, si se trataba de un agresor, él disponía de las armas en ese momento y no nosotros. Por lo que acordamos acercarnos al parque a observar si cargaba algún arma y, en caso de que sí, avisar a algún general, aunqueuviéramos que despertarlo. Si no cargaba ninguna intentaríamos atraparlo nosotros. Manuel me confesó medio avergonzado de su miedo, que si no se trataba de que él no llevaba ningún arma y el agresor sí, sí que iría a por él, que normalmente «suele tener más valentía». Fingí creerle, pero he de confesar que me hizo dudar de su capacidad como soldado.

Al acercarnos al parque de artillería¹ la luz estaba apagada, por lo que, quien fuera que estaba cogiendo las armas, lo estaba haciendo a oscuras porque no le interesaba ser visto, así que no se debía de tratar de nadie del cuartel. El intruso estaba dentro de la cabaña y, nada más salir en dirección al comedor, pisé algo en la oscuridad que hizo que me tropezara y aterrizara contra el suelo. Debí de clavarme una roca en la mano o algo punzante, ya que noté el pinchazo. Se hizo un silencio pesado durante

1. Lugar destinado a guardar las armas.

unos segundos, durante los que el ladrón paró de andar en seco y yo me quedé estirado en el suelo, tapado por un muro de la cabaña, disimulando el dolor de mi pinchazo y sin moverme ni un centímetro. El ladrón reanudó sus pasos y, por el crujir de las hojas del suelo, se dirigía hacia nosotros.

Vi la cara de Manuel, que enmascaraba el subtexto de «hemos metido la pata» mientras giraba sus muñecas en señal de prepararse para pegar, mientras yo seguía tendido en el suelo tratando de escuchar. De pronto, el intruso giró nuestro muro y Manuel se avalanzó sobre él para pegarle... Alejo le paró el puño, chistándonos con gran apuro. Recalcó con enfado que nos calláramos *ipso facto*.

—¡Callaos, que nos van a oír, justo lo que nos faltaba teniendo que cargar armas! ¿Vosotros queréis acabar en el calabozo? ¡Porque yo no! —exclamó susurrando mientras fruncía el ceño, de tal manera que parecía que estaba echándonos una reprimenda—. Coged las armas que han escondido en el comedor y ayudadme a traerlas de vuelta —Nos ordenó—. Aunque más bien os estoy ayudando yo a vosotros —Quiso recalcar para sí mismo.

Acto seguido, me incorporé de vuelta y, junto con un «gracias» tímido y rápido, echamos los tres a correr hacia el comedor de la manera más sigilosa que podíamos. Al entrar a este, las armas se encontraban todas encima de las mesas, excepto unas pocas que estaban en la biblioteca, entre los libros de las estanterías. Regresamos a su lugar todas las de las mesas, cargándolas de cinco en cinco en diversos viajes cada uno. Cuando creíamos haber aca-

bado, contamos las armas y faltaban siete, que debían de ser algunas que se nos habían olvidado en la biblioteca. Se acercaban las 5:30 de la mañana, con lo cual quedaba poco tiempo hasta que los generales se despertaran y fueran dormitorio a dormitorio, revisando. El nuestro era el B, por lo que disponíamos de diez minutos más de margen. Acordamos que Manuel fuera al dormitorio y limpiara y colocara los colchones en nuestra litera —porque, según Alejo, nos iban a abrir los cabecillas de la novatada la puerta a las 5:15 para asegurarse de que no nos metiéramos en ningún problema real, solo asustarnos—. Mientras, Alejo y yo buscábamos y recolectábamos las armas restantes.

Una vez en la biblioteca de la cocina, aproveché el momento a solas con Alejo para indagar en el verdadero motivo por el que sugerí que fuéramos nosotros solos a por las armas. Me picaba la curiosidad desde hacía dos noches, y tampoco podía aclararme las imágenes de lo que había visto a los pies de mi trance mientras me adormecía. Tampoco comprendía por qué nadie parecía haberse percatado, o simplemente actuaban como si nunca hubiera estado ahí. Por lo que, en medio del silencio lento y abrumador de la noche, lancé la bomba.

—Alejo, disculpa si me estoy entrometiendo en algo que no me incumbe, pero ando un poco perdido, ¿qué pasó con el soldado con el que me confronté mi primera noche? El que parecía ser tu amigo. Porque de la noche a la mañana desapareció y nadie pareció percatarse o darle importancia. Es más, creo haberlo visto marcharse subiéndose a un coche hace dos noches.

El rostro de Alejo cambió al instante drásticamente tras mi pregunta, evidenciando el hecho de que no eran imaginaciones mías por el estrés, sino que realmente había una historia detrás de aquel muchacho. El silencio se volvió pesado y toda la adrenalina de la novatada desapareció en una sola pregunta. Alejo divagó dubitativo en lo que asemejaba una lucha consigo mismo para decidir si me respondía o evitaba la pregunta, aunque hasta él mismo se percató de que era evidente para ambos que sabía algo sobre lo sucedido. Después de unos segundos, los ojos serios y azules de Alejo se clavaron en los míos y, con un tono de voz seco, evitando mostrar emoción, respondió.

—La División Azul.

